

CAPÍTULO III

Origen de las sociedades, y especialmente de las monarquías y de los reinos.

¿Cuál es, pues, el principio de las sociedades, y de dónde diremos que traen su origen? Cuando por un diluvio, una enfermedad epidémica, una escasez de frutos u otras calamidades análogas viene la ruina del género humano, como ya ha ocurrido y dicta la razón que ocurrirá aún muchas veces, con los hombres perecen también los inventos y las artes. Pero después que de las semillas que se han salvado se vuelve a multiplicar con el tiempo la especie humana, entonces sucede a los hombres lo que a los demás animales. Se asocian, se congregan, como es regu-

lar a los de una misma especie y lo dicta la debilidad de su misma naturaleza; y entonces por necesidad el que excede a los otros en fuerzas corporales, espíritu y atrevimiento se pone a su cabeza y los gobierna. Esto debemos creer que es obra puramente de la naturaleza; pues que vemos en los otros animales que no se gobiernan sino por instinto, que los más fuertes sin disputa hacen oficio de conductores, como el toro, el jabalí, el gallo y otros semejantes. Es muy probable que al principio fuese así la vida de los hombres, juntarse en una grey a manera de animales, y dejarse conducir de los más fuertes y poderosos. Mientras la autoridad se mide por las fuerzas, se llama monarquía; pero después que con el transcurso del tiempo se introduce en la sociedad una educación común y un trato mutuo, ya entonces pasa a ser reino; y éste es el momento en que el hombre comienza a formar idea de lo honesto y de lo justo, así como de los vicios contrarios.

Tal es el origen y modo de formarse las sociedades. Todos nos inclinamos naturalmente al coito, y de aquí nacen los hijos. Cuando éstos llegan a la pubertad y no proceden reconocidos, ni socorren a los que los han criado, sino al contrario los tratan mal de palabra u obra, es claro que ofenden y dan en rostro a los que lo ven y son sabedores de los cuidados y desvelos que han tenido los padres en la educación y crianza de los hijos. Y como el hombre se distingue de los demás animales en que él solo piensa y discurre, no es verosímil deje de considerar una cosa que advierte aun en los otros animales; por el contrario, le hará eco tal ingratitud, le chocará por de pronto tal procedimiento y, previendo el futuro, hará su cuenta de que podrá sucederle a él igual dificultad. Lo mismo digo de un hombre que es socorrido y aliviado de otro en un peligro: si este tal, en vez de dar las gracias al libertador, intenta agraviarle, es constante que será odiado y aborrecido de los que lo sepan, y al paso que se compadecerán del prójimo, temerán no les ocurra a ellos otro tanto. De aquí nace en el hombre una idea de la obligación, contempla la fuerza que tiene y en esto consiste el principio y fin de la justicia.

Asimismo ¿por qué al que se expone a los peligros por la salud de todos, al que sufre y resiste el ímpetu de los animales más bravos, se le aplaude, se le venera y se le mira como a patrono, y al que hace lo contrario se le desprecia y aborrece? Esto no puede provenir sino de la consideración que hace el vulgo sobre lo torpe y honesto, y sobre la diferencia que hay entre uno y otro extremo; de donde se deduce: lo honesto merece nuestro celo e imitación, por la utilidad que nos procura; lo torpe nuestra aversión y desprecio. Cuando el que manda y supera en fuerzas a los demás llega a adquirir en el pueblo el concepto de perpetuo favorecedor y recto distribuidor del premio entre sus súbditos según el mérito; de allí adelante, como ya deja de temerse la violencia y hace su oficio la razón, se someten, se unen para conservarle la autoridad; y aunque llegue a la decrepitud, unánimes le defienden y conspiran contra los que quieren atacar su poder: y de esta manera, cuando la razón llega a ejercer su imperio sobre la ferocidad y la fuerza, de monarca pasa a rey insensiblemente y sin que nadie lo perciba.

Tal es la primera noción que naturalmente adquiere el hombre de lo honesto y de lo justo, y de los vicios opuestos. Tal el principio y origen del verdadero reino. Los súbditos no sólo conservan a éstos la dignidad real, sino que la continúan a sus descendientes por largo tiempo: porque se persuaden que ramas de semejante tronco, y educadas por tales padres, tendrán también iguales costumbres. Mas desde que el pueblo se disgusta con los sucesores, pasa a elegirse magistrados y reyes; y entonces ya no recae la elección sobre el brío y la fuerza, sino sobre

la prudencia y sabiduría, desengañado por la experiencia de las ventajas de las dotes de espíritu sobre las del cuerpo.

Antiguamente los que una vez eran puestos sobre el trono envejecían en la dignidad. Sus cuidados eran fortificar puestos ventajosos, rodearlos de murallas y extender sus dominios, tanto para seguridad propia, como para abundancia de lo necesario en sus vasallos. Mientras se ocupaban en esto, como no se diferenciaban ni en el vestido ni en la mesa, sino que traían igual porte y método de vida que los demás, estaban exentos de los tiros de la calumnia y de la envidia. Pero después que sus herederos y sucesores hallaron prevenido todo lo concerniente a la seguridad, y aun más de lo que necesitaban para satisfacer las necesidades de la vida, entonces lisonjeadas sus pasiones con la abundancia, creyeron que la majestad debía fundarse en traer un vestido más rico, mantener una mesa más opípara, gastar un tren más costoso que sus súbditos, y en que ninguno pudiese contradecirles en sus amores y pasiones aunque ilícitas. De estos desórdenes, unos suscitaron la envidia y ofensa, otros el odio e ira implacable, y de reyes pasaron a tiranos; pero al mismo tiempo se echaron los cimientos de su ruina, y se conspiró contra su autoridad; propósito que nunca fue de hombres despreciables, sino de los más ilustres, más magnánimos y más esforzados; porque éstos son los que menos pueden sufrir la insolencia de los tiranos.